CÓMO TRTAR CON UN DRAGÓN
R. L. STINE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

Muchos de mis cuentos parten de una pregunta que comienza con la fórmula: «¿Y si ...? «La historia que aquí os presento surgió cuando me planteé lo siguiente: «¿Y si los dragones de antaño hubieran existido realmente?»

Siempre he sentido fascinación por esos gigantes alados, y cuando aparecen en cuentos, películas e ilustraciones, me resultan muy reales y vivos. Los dragones son criaturas feroces y majestuosas a un tiempo. Feas a la vez que hermosas. Y mucho más inteligentes que los dinosaurios.

Sé que los dragones son animales mitológicos, que nunca han existido. Pero ¿y si realmente hubieran existido?

Esta historia trata de un chico, Ned, al que se le encomienda la terrible misión de enfrentarse al más feroz de los dragones. Ned no tardará en descubrir la respuesta a esa espeluznante pregunta.

Un día de verano, hace ya mucho tiempo, cuando aves tan grandes como nubes surcaban los cielos, un muchacho llamado Ned peregrinaba por frondosos bosques y verdes colinas cubiertas de hierba llevando por todo equipaje un saco con una manzana y un rudimentario mapa del reino.

Vestía un sayo sucio y raído y, bajo la gorra roja ladeada sobre su atezada frente, le caían largas y sudorosas greñas de color castaño. Sus botas estaban desgastadas y cubiertas de arañazos, y tenían las suelas tan delgadas como el papel.

Ned entretenía su camino silbando, pues largo era el viaje y a saber qué terribles peligros acecharían al final del trayecto.

Cuando ya se aproximaba a su destino, sus piernas comenzaron a temblar y un continuo escalofrío le atenazó la nuca.

Apenas podía silbar pues se le había quedado la boca seca. Ned sabía que había llegado el momento de encontrarse cara a cara con sir Darkwind, el gran señor de los dragones del reino.

Ned había soñado durante mucho tiempo con

aquel encuentro, pero al oír entre los árboles los gemidos y quejidos de los dragones encerrados en los establos de sir Darkwind, se preguntó quién habría de ser más temible y feroz, si los dragones o su señor.

Ned se quitó la gorra y secó el sudor de su frente con la manga del sayo.

«Valor -se dijo-. Has de ser fuerte y valiente, de lo contrario no alcanzarás tu objetivo.»

Inspiró profundamente y abandonó la espesura para plantarse ante la mansión del señor de los dragones, al otro lado de un pedregoso descampado.

Más que una mansión parecía una fortaleza. Estaba revestida de piedra blanca y se alzaba como una resplandeciente montaña bajo el sol de la tarde. Ned divisó un estrecho portón en un extremo que parecía ser la única abertura. ¡La mansión no tenía ventanas!

A la izquierda de la casa se extendía una larga muralla de piedra cuatro veces más alta que él. Ned alzó los ojos y vio con estupor los rostros que, asomados al muro, miraban hacia él con atención.

Anchos rostros de criaturas con largos cuellos cubiertos de escamas y arrugados por el sol. Ojos negros y grandes como ciruelas, hundidos en sus cuencas, que clavaban la vista en él. Decrépitos rostros de afilados dientes, rostros curtidos y apergaminados por el paso de los años... y por la pesadumbre. Dragones.

Hasta ese momento sólo conocía su existencia por los antiguos libros del Hechicero. Y al encontrarse ante aquellas extraordinarias criaturas, rememoró las historias que aquél le contara sobre los tiempos en que los dragones merodeaban libremente por el reino.

«Los dragones son criaturas dignas y majestuosas -le había dicho Margolin-. Tienen sus propios hábitos, sus propias costumbres. No vayas a creer que son como los demás animales, pues tan formidable es su sabiduría como su corpulencia. ¿Sabes por qué tienen los ojos tristes? Porque lo han visto todo.»

Los viejos dragones asomaban sus largos cuellos por encima de la muralla y contemplaban a Ned en silencio.

Hasta él llegaba el ruido de sus pesadas patas golpeando el suelo con su bamboleo. Un pálido dragón que asomaba la cabeza en un extremo tosió con una tos bronca, que brotó de lo más profundo de la garganta.

«No me miran con buenos ojos -pensó Ned-. Parece como si quisieran echarme el diente. Pero los dragones no son carnívoros... ¿O sí?»

Intentó recordar lo que le había dicho Margolin. El viejo dragón tosió de nuevo y lanzó un esputo amarillento por el rugoso hocico.

Otro dragón, éste de rostro más afilado y con protuberantes ojos negros, soltó un largo y amenazador gruñido.

Ned avanzó unos pasos, tímidamente, y se aproximó a la muralla de piedra. Los dragones se pusieron en guardia.

De pronto, dos de ellos alargaron el cuello, gruñendo tan ferozmente que el estruendo retumbó en sus oídos y pareció sacudir la muralla.

Ned lanzó un grito despavorido y cayó de espaldas. Rápidamente se puso boca abajo y escapó corriendo a cuatro patas del calor que despedía el aliento de las bestias. Los dragones asomados a la muralla alargaban el cuello hacia él y daban feroces dentelladas.

Una vez establecida una distancia prudencial, se puso en pie. Sacudió el polvo de sus ropas y se enderezó la gorra. Los dragones lo observaban en silencio, al acecho por si el muchacho hacía ademán de acercarse de nuevo.

Pero Ned se mantuvo a distancia, hizo bocina con las manos y gritó:

-¡Sir Darkwind! Sir Darkwind, un humilde campesino desea ser recibido en vuestra presencia!

Ned vio con sorpresa que se abría el pequeño portón y que aparecía una figura vestida de negro, medio oculta en el umbral.

Pero no salió de la penumbra.

-¿Qué deseas? -preguntó. Tenía una voz aguda, infantil.

-Vengo a ver al gran señor de los dragones -respondió Ned-. Quisiera pedirle un favor.

-Yo soy Gregory, sirviente del señor. Sir Darkwind no concede favores.

Ned tragó saliva. Tenía la boca seca como la paja.

¿Tendría que regresar con las manos vacías después de tan arduo viaje?

-Vengo con saludos del gran hechicero Margolin -anunció Ned-. Tal vez sir Darkwind podría salir y concederme unos minutos...

-No conocemos a ningún hechicero -interrumpió Gregory con desdén-. Además, el señor no abandona su mansión, salvo para fustigar a los dragones cuando se alteran.

Ned escrutó la figura del sirviente, que permanecía oculto en el quicio del portal.

-¿No sale de su mansión?

-No -respondió Gregory-. Tiene demasiados enemigos.

Los dragones no dejaban de gruñir y gemir al otro lado de la muralla.

Una criatura de feroz aspecto, con retorcidos cuernos y rugosa testa, bajó la cabeza y embistió contra el muro.

- ¡Vete! ¡Estás molestando a los dragones! -aulló una voz bronca desde el interior de la mansión.

Ned divisó a otra figura que se acercaba a la puerta y apartaba a Gregory de un empujón. Pese a la distancia, divisó a un hombre alto y corpulento, vestido con una vaporosa túnica blanca.

Un escalofrío le recorrió la espalda, pues sir Darkwind tenía fama de ser el hombre más cruel del reino. Incluso era temido por el hechicero Margolin, pese a sus mágicos poderes.

-¿Sois vos el gran señor de los dragones? -preguntó Ned. Cayó postrado de rodillas e hizo una reverencia-. Soy un humilde campesino, gran señor. Acudo a vos para suplicaron un trabajo.

-¿Deseas trabajar para mí, mozalbete? -rugió sir Darkwind-. ¿Qué sabes de estas bestias?

«No son bestias -pensó Ned-. Serán feroces, pero poseen una sabiduría ancestral. Incluso a mí me consta.» Pero no intentó corregirle.

-Aprenderé rápido, señor -dijo en cambio-. Necesito urgentemente un sustento. Tengo cinco hermanos, y mi familia es pobre. A mi padre le destrozó el pie la rueda de un carro, y ahora soy yo quien ha de llevar el pan a la mesa.

-Vaya, vaya -dijo Darkwind con sarcasmo-. ¿Qué pretendes, que llore tu desgracia?

Los dragones rugían y resoplaban. Unos nubarrones taparon el sol, y sir Darkwind pareció adentrarse en la penumbra.

-¿Has trabajado antes? -preguntó.

-Sí, señor. Trabajé como aprendiz de Margolin, el Hechicero -contestó Ned, que estaba todavía postrado de rodillas-. Pero me vi obligado a dejar su servicio cuando mi señor discutió agriamente con otro brujo y ambos desaparecieron como por arte de magia.

-Me alegro -dijo sir Darkwind-. Los brujos no sirven para nada. ¡Yo no necesito trucos, me basta con un buen látigo!

Ned se puso en pie, sacudiéndose la tierra de los bajos del sayo.

-Sería un honor trabajar para vos, sir Darkwind. ¡Todo el mundo sabe que sois el gran señor de los dragones de toda la Tierra!

Sir Darkwind dejó escapar una sonora carcajada que sonó como el ladrido de un perro.

-¿El más grande? ¡Soy el único! -bramó desde la penumbra del umbral-. Esos dragones que ves ahí son los únicos supervivientes de su especie. Los últimos que quedan en el mundo.

-Sería un honor para mí ayudar a cuidarlos -se ofreció Ned, solícito.

Sir Darkwind soltó otra sonora carcajada.

-¿Serías capaz de adiestrarlos a latigazos?

-No, señor. Pero...

-¿Y qué harías si no? -preguntó Darkwind-. ¿Qué acuerdo propones a cambio? En la vida todo hay que pactarlo, ésa es la única verdad que conozco. ¿Qué trato propones, muchacho? ¿Qué trato deseas hacer conmigo?

Ned se quedó mirando perplejo hacia el oscuro portón.

-No sé qué responder -dijo por fin-. Me ofrezco humildemente a vuestro servicio.

Entonces vio que Gregory, el sirviente vestido de negro, regresaba de nuevo junto a sir Darkwind y cuchicheaba algo a su oído.

Mientras ellos departían, el cielo comenzó a despejarse y, tras la muralla, algunos dragones alzaron la cabeza al sol.

-Acércate un poco más, muchacho -ordenó sir Darkwind-. Seré yo quien te proponga un trato. Ned dio unos pasos hacia la mansión. Aún no distinguía claramente a su interlocutor.

Únicamente veía la enorme amplitud de su túnica blanca.

-Queda un dragón en libertad -anunció sir Darkwind-. Es el único que me falta para completar la colección. ¡Y los quiero todos! ¡Todos! Te propongo un trato: tráeme a ese dragón y te contrataré como aprendiz.

Ned lanzó un grito de estupor.

-¿Que capture a un dragón? -exclamó-. Pero ¿cómo, señor? Moriría abrasado bajo sus llamas. Del interior de la mansión llegó la carcajada de Gregory.

-¡Necio! ¡Los dragones no arrojan fuego! -le dijo sir Darkwind con voz atronadora-. Eso es un cuento.

-Pero si no dispongo de armas con que enfrentarme a un poderoso dragón... -replicó Ned.

-Ni yo puedo ofrecértelas. Tendrás que recurrir al ingenio, muchacho -dijo sir Darkwind.

-¿Y cómo capturasteis vos a esos dragones? -preguntó Ned, señalando a las fieras criaturas que asomaban tras la muralla.

-Hice un simple trato con ellos -respondió sir

Darkwind-. Les aseguré que si venían conmigo, no los mataría ni me haría un guiso con su carne. «Menudo trato, pensó Ned.

-Escúchame bien, muchacho -añadió sir Darkwind desde el quicio en penumbra-. El último dragón que queda en libertad se llama Ulrick. Vive en una cueva situada en la cima del monte Stone. Si capturas a ese dragón y me lo traes, habré completado mi colección. Entonces te proporcionaré el trabajo con el que dar sustento a tu familia.

-Pero... pero... -farfulló Ned.

Sir Darkwind desapareció en el interior de la fortaleza, dando un portazo a sus espaldas.

Al otro lado de la muralla, los dragones comenzaron a chillar al unísono.

Algunos lanzaban dentelladas en dirección a Ned y uno de ellos, un dragón de corta edad, todavía verdoso y esbelto, levantó la cabeza y lanzó un agudo gemido que sonó como un llanto.

El sol caía de pleno cuando Ned emprendió el camino de regreso a través del bosque. Los árboles parecían doblegarse y destellar ante las oleadas de calor de la tierra.

El monte Stone, una escarpada montaña de roca pulida y grisácea, culminaba en un elevado pico. Ned sabía que sus laderas estaban repletas de profundas cuevas. Nadie se había atrevido nunca a explorar aquel

territorio por temor a las criaturas salvajes que habitaban en su interior.

«¿Con qué arma podría enfrentarme a un dragón? -se preguntaba Ned-. ¿Qué trato podría yo hacer con un animal que tiene garras de casi medio metro y colmillos tan grandes como la cepa de un árbol?»

Caía un sol abrasador, y Ned se detuvo a la sombra de unos altos helechos para recobrar el aliento y no derretirse.

Pensó entonces en la crueldad de sir Darkwind, en cómo azotaba a los pobres y avejentados dragones, y en cómo los mantenía cautivos tras aquella prisión fortificada.

«¡Ya es pena tener tantos enemigos que ni siquiera puede salir de casa! », pensó Ned.

Tras varias horas de caminata, Ned llegó al pie del monte Stone. Se enjugó el sudor de la frente con la manga del sayo y tomó aire.

La pulida roca de la ladera estaba cubierta de cavidades negras. Ned se estremeció al imaginar las salvajes criaturas que habitarían en su interior.

Agachó la cabeza y emprendió el ascenso. Las suelas de sus botas resbalaban por la lisa pendiente y tuvo que mantener el equilibrio con los brazos.

A media subida, comenzó a sentir calambres en los músculos de las piernas. Ned suspiró fatigado, penetró por la oscura boca de una cueva y se desplomó en el polvoriento suelo para frotarse los doloridos músculos. Pese al calor reinante, la cueva se hallaba fresca y

húmeda. Ned reclinó la cabeza en la pared y entornó los ojos.

«Llevo dos días caminando. Tal vez recobre fuerzas si descanso un poco. Luego continuaré el camino hasta la cima.»

Pero su descanso fue breve. Lo despertó un chirriante silbido, como si un millar de moscas zumbara en sus oídos.

Ned abrió los ojos sobresaltado y lanzó un grito. ¡Eran ratas, ratas albinas gigantes! ¡Habían arrastrado una cabra hasta la cueva y se la estaban comiendo viva!

La cabra chillaba y pateaba, cubierta por docenas de ratas, enormes ratas de cuerpos blanquecinos que hincaban sus afilados colmillos en la tripa del animal y arrancaban frenéticamente los pedazos de carne sanguinolenta.

«¡Luego vendrán a por mí! -se dijo Ned-. En cuanto me huelan...»

Demasiado tarde para huir. Las ratas abandonaban el cuerpo ya sin vida de la cabra y, entre chillidos, se dirigían correteando hacia Ned. Eran tan grandes como perros. De sus largos y afilados colmillos todavía goteaba la sangre del animal, y sus redondos y sanguinolentos ojos despedían un fulgor encendido. Sus gruesas colas rosáceas azotaban el suelo, marcando un aterrador compás de ataque.

El corro se fue estrechando y las horripilantes criaturas cercaron a Ned dando chillidos cada vez más agudos.

-¡Iiiiiiiiii, iiiiiiiiii!

Los agudos chillidos le taladraban el cerebro de tal forma que tuvo que llevarse las manos a los oídos. Se puso en pie de un salto, pero las ratas eran tan grandes que le llegaban a la cintura. El ruido de sus mandíbulas competía con los golpes sordos de las colas azotando el suelo.

-;HAGAMOS UN TRATO! -propuso Ned a voz en grito.

Sorprendidas por aquel torrente de voz, las ratas interrumpieron el asalto. Sus ojos fulguraban como fogatas en la penumbra de la cueva.

-Os propongo que si me dais la más mínima oportunidad, saldré corriendo y no volveré jamás. No les dio tiempo a meditar la decisión. Apoyó las manos sobre las cabezas de las dos ratas que tenía más cerca, saltó sobre ellas y salió disparado hacia la boca de la cueva. Una vez en el exterior, trepó a toda prisa por la escarpada ladera de la montaña. Los chillidos de las ratas llegaban hasta él, pero Ned sabía que no seguirían sus pasos: las ratas albinas no resisten la luz del sol por mucho tiempo.

Cuando alcanzó la cima, el corazón le golpeaba en el pecho y las piernas le pesaban como si fueran de plomo. El sol era un globo incandescente cuya luz caía tras la colina dando a todas las cosas un rosado resplandor. Mientras recobraba el aliento, Ned contempló con estupor la boca de la cueva que se abría ante él como un gigantesco triángulo. En el suelo de la entrada había enormes huesos, secos y calcinados por el sol.

«Son demasiado grandes para ser humanos», se dijo Ned, pero su pecho se agitó ante el horrible espectáculo.

-¡Oh! -exclamó cuando un bronco gruñido retumbó en el interior de la cueva.

A continuación oyó el estruendo de unas pisadas, y de nuevo el gruñido. El acre olor que emanaba de la cueva le obligó a contener la respiración y a dar un paso atrás.

El dragón estaba dentro, lo sabía. De pronto advirtió que todo su cuerpo temblaba.

Un atronador rugido surgió de las profundidades de la cueva, haciendo vibrar las rocas sobre las que Ned pisaba. «No tengo elección -se dijo-. Tendré que seguir adelante. Pero ¿seré capaz de articular palabra, aterrorizado como estoy?»

Inspiró profundamente y detectó en el aire un infecto hedor a moho.

-¡Ulrick! -exclamó-. i Soy Ned! i He venido a hablar contigo!

Enseguida oyó un segundo rugido, al que otra vez siguieron retumbantes pisadas. La tierra tembló de nuevo y la cueva pareció estallar cuando un gigantesco dragón pardo, mucho más impresionante y feroz que cualquiera de los que formaban la colección de sir Darkwind, se alzó imponente ante Ned.

Su rugido sacudió los troncos de los árboles. El dragón abrió sus fauces dejando al descubierto dos hileras de amarillentos e irregulares colmillos y arañó el

suelo con sus garras como preparándose para lanzar un zarpazo.

Las rugosas alas que salían de su lomo aletearon con furia. Sus enormes y redondos ojos se clavaron en Ned como dos soles oscuros y fríos. Cuando su enorme cabeza descendió sobre él, sus fauces derramaron una baba amarillenta que chisporroteó incandescente al caer al suelo.

«¡Me... me va a comer!», se dijo Ned y se tiró al suelo, intentando protegerse con las manos.

El dragón bajó su cabeza... más... y más... hasta que Ned sintió su aliento de fuego en la nuca. La bestia abrió de par en par las fauces como para devorarlo de un bocado.

-¿QUÉ HAS VENIDO A BUSCAR? -bramó el dragón.

Su aliento tumbó a Ned de espaldas.

-¿Ha... hablas? -acertó a decir.

-¡Pues claro! -rugió Ulrick. Los redondos ojos del dragón brillaban como dos compactas canicas negras, sin reflejar nada-. ¡Todos los dragones hablan cuando tienen algo que decir!

El muchacho y el dragón se sostuvieron la mirada. Cuando el terror de Ned se desvaneció lo suficiente, consiguió preguntar:

-¿Por qué vives aquí arriba sin compañía? ¿No te sientes solo? ¿Por qué no bajas con los demás dragones? El dragón echó la cabeza atrás y lanzó un rugido. Arqueó su rugoso lomo, alzó las afiladas garras como

disponiéndose a atacar, y de nuevo bajó la cabeza para acercarla a Ned.

-¿Que vaya a vivir con el señor de los dragones? -bramó Ulrick-. ¿Sabes de quién estás hablando, Ned?

Ned tragó saliva, pensando que de un momento a otro le arrancaría la cabeza de cuajo. Abrió la boca para responder, pero no logró emitir sonido alguno.

-En otro tiempo todos mis hermanos y hermanas eran libres de merodear por donde querían -rugió Ulrick-. Los dragones no atacamos a los humanos. No nos alimentamos de carne animal; sólo de las matas de acebo y de las bayas rojas que crecen en ellas.

Ulrick golpeó el hombro de Ned con su hocico. -¿Sabes qué hizo ese gran señor para capturar a sus dragones?

Ned se frotó el hombro.

-Mmm... no.

-¡DESTROZAR TODAS LAS MATAS DE ACEBO MENOS LA SUYA! -bramó Ulrick-. Los dragones se encontraron ante la alternativa de dejarse apresar o morir de hambre. Una vez hechos prisioneros, sir Darkwind les cortó las alas. Los trata a latigazos y siempre los tiene encerrados. Hace pagar para verlos, y los obliga a luchar encarnizadamente entre si para entretener al público.

El pecho de Ulrick se hinchó como un fuelle. El dragón abrió sus fauces, bufando de furia, y la llama-

rada que surgió de sus entrañas tumbó de nuevo a Ned. Alzó los ojos hacia él, viendo impotente cómo el temible dragón sacudía las alas y rugía embravecido.

-¿Y quieres que YO vaya contigo, que sea uno más en la colección de sir Darkwind? -bufó-. ¡NUNCA! ¡JAMAS!

Una sombra se cernió sobre Ned, la sombra de la gigantesca cabeza de la bestia.

-¡No no! -gritó Ned al sentirlos afilados colmillos hincándose en su pecho y su espalda.

Y entonces el dragón lo alzó del suelo con la mayor facilidad.

Ned forcejeaba y se retorcía como un gusano en el pico de un pájaro.

El dragón echó atrás la cabeza, dispuesto a engullirlo.

-¡NO! ¡ESPERA! -gimió Ned-. ¡ESPERA! ¡NO! ¡TE LO SUPLICO! ¡NOOO!

Al día siguiente Gregory se levantó temprano y fue a pasar revista a los dragones. El sol apenas asomaba entre los árboles y aún no había disipado las nieblas matutinas.

Gregory llevó el cubo de agua hasta el abrevadero del que bebían los animales. Los dragones gemían y se desperezaban en su redil.

Entre la espesa neblina, Gregory vislumbró algo que le arrancó un grito de espanto.

El cubo se le cayó de las manos.

-¡Dra... dragón!

¿Era simplemente una sombra en la niebla lo que veían sus ojos?

No. Era un enorme dragón que avanzaba pesadamente en dirección a la casa de sir Darkwind, balanceando la cabeza a uno y otro lado y sacudiendo las alas del lomo.

Gregory, aturdido, tropezó con el cubo de agua y corrió a la casa para avisar a su señor.

-¡Sir Darkwind! ¡Sir Darkwind! -gritó-. ¡Se acerca un dragón!

Sir Darkwind, que estaba terminando de desayunar, saltó de la mesa con la yema del huevo resbalándole por la barbilla y corrió hacia la puerta. Escudriñó la niebla y aplaudió satisfecho.

- ¡Es Ulrick! -dijo-. Ya tengo la colección completa. Ulrick ha decidido unirse a sus semejantes.

-¿Y el muchacho? -preguntó Gregory-. ¿Dónde está el muchacho?

El señor de los dragones estaba mirando desde el umbral.

-Tienes razón, Gregory. El dragón viene solo. -Y echó la cabeza atrás con una cruel carcajada-. ¡Se habrá desayunado al muchacho!

-Pero ¿entonces a qué viene ese dragón? -preguntó Gregory.

-Ve tú a enterarte -ordenó sir Darkwind, apartando a Gregory de la puerta con un manotazo-.

Ahora mismo. Yo te esperaré aquí para mayor seguridad.

Gregory obedeció a su señor, con las piernas temblando y el corazón batiendo en su pecho. Llegó hasta el dragón, inspiró profundamente y preguntó, alzando la voz:

-Ulrick..., mi señor desea saber a qué has venido. Ulrick, con ojos fríos e inexpresivos que parecían dos negros pedruscos, bajó la vista hacia el tembloroso criado y soltó un fuerte bufido que acrecentó el estremecimiento de Gregory.

En el redil situado junto a la casa, los otros dragones observaban en silencio al recién llegado. Gregory miró a sus espaldas y vio a su señor agitando las manos con impaciencia.

-Sir Darkwind desea saber a qué has venido -repitió el criado, incapaz de controlar el temblor que le quebraba la voz.

El gigantesco Ulrick bajó la cabeza con un repentino respingo que casi tumbó a Gregory del susto. Gregory ahogó un grito y dio un paso atrás. Entonces, muy lentamente, el dragón abrió sus enormes fauces.

-¡Oh, nooo! -gimió Gregory al ver al muchacho asomando la cabeza por la boca del dragón. La cabeza reposaba con los párpados entornados sobre la lengua gruesa y roja de la bestia-. ¡Te lo has comido! ¡Te has comido al chico!

Incapaz de soportar tan horrible visión, Gregory giró sobre sus talones, despavorido.

-¡Sir Darkwind! ¡Horror! ¡Pavor! ¡El dragón se... se...!

-¿Qué sucede? -preguntó Sir Darkwind desde la casa-. ¿Qué dices?

-El dra... dragón... -balbuceó Gregory-. ¡Sir Darkwind! ¡Sir Darkwind! ¡Venga a verlo! ¡Venga corriendo! -Y dicho esto, se desplomó en el suelo como un fardo.

«¿Qué será lo que he de ver? -se preguntó sir Darkwind-. ¿Qué hará ese dragón ahí parado con la boca abierta?»

El señor de los dragones salió de su casa con mucha cautela. Avanzó con paso firme hacia el dragón y, cuando ya se aproximaba, Ulrick abrió de par en par sus fauces.

Sir Darkwind vio entonces la cabeza del muchacho, reposando sobre la gruesa lengua, con su sudoroso flequillo pegado a la frente, y sus ojos plácidamente entornados.

-¿Creías que ibas a asustarme? -le increpó sir Darkwind alzando la vista hacia él y con el ceño fruncido-. ¡Estás perdiendo el tiempo, Ulrick!

-A mí no me lo parece -respondió de pronto Ned, abriendo los ojos-. ¡Sabía que conseguiríamos sacaros de vuestra casa!

Ned se abrió paso con los brazos por la garganta del dragón y, agarrándose de las prominentes mandíbulas, sacó todo el cuerpo fuera.

Luego se dejó resbalar hasta el suelo, se echó atrás

el flequillo y se limpió la pechera del sayo, empapada de babas del dragón.

A sir Darkwind parecía que le fueran a saltar los ojos de asombro.

-¿Cómo... cómo lo has conseguido, jovencito?

-Hice un trato con el dragón -respondió Ned-. Tal como vos aconsejabais.

Sir Darkwind lo miró desconcertado.

-¿El dragón es mío entonces? -le preguntó. -Yo no diría tanto -respondió el muchacho-. No fue ése el trato que hice con él. -Ned se secó las manos en el sayo y añadió-: Veréis, señor, antes de desaparecer, el hechicero Margolin me enseñó muchos de sus hechizos. Ahora me complacería enseñaros uno de mis favoritos.

Ned agitó las manos, farfulló unas palabras extrañas... y el señor de los dragones comenzó a transformarse. La cara se le hundía, le crecían ramas cubiertas de hojas por todas partes y de las hojas brotaban bayas rojas y brillantes. Ned formuló un nuevo conjuro, y sonrió satisfecho. El hechizo había funcionado. Había convertido a sir Darkwind en una mata de acebo.

Los dragones rugieron alborozados. De sus ancestrales ojos brotaban lágrimas grandes como gotas de lluvia, lágrimas de júbilo.

-Mi cometido era vencer a sir Darkwind y liberar a los dragones -dijo Ned-. ¡Pero antes tenía que engañarle para que abandonara la casa! Como ves, lo he conseguido.

-Has cumplido el trato que hicimos -observó Ulrick y bajó la vista contemplando admirado el acebo-. ¿Cuánto durará tu hechizo?

-No lo sé -contestó Ned-. Pero eso no importa, ¿verdad?

-No, no importa -repuso Ulrick, y agachó la cabeza para devorar la planta y sus sabrosas bayas.

FIN